

MARÍA ORUÑA

EL BOSQUE DE LOS
CUATRO VIENTOS



POR LA AUTORA DE
LOS LIBROS DEL PUERTO ESCONDIDO

María Oruña

El bosque de los cuatro vientos



DESTINO



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© María Oruña, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020, 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Roberto Pastrovichio / Arcangel

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2021

Primera edición en esta presentación: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.842-2025

ISBN: 978-84-233-6864-8

Impreso en España

I

Mi trabajo consiste en analizar a las personas, en saber cómo respiran con tan solo observarlas durante lo que dura un silbido. Si dispongo de un poco más de tiempo, puedo incluso averiguar cuánto han perdido para convertirse en lo que son ahora. Esas renunciaciones son las que me interesan. Las que no se ven. Las que atisbo en los gestos cansados, en la forma descreída al mirar, en el sarcasmo.

Pero ni siquiera yo, que estoy entrenado para observar, pude medir la fuerza de lo que tenía entre manos. Iba a ser el gran descubrimiento. El definitivo. Mi asentamiento en el pequeño universo de los detectives del mundo del arte. Ya me había imaginado elegantemente vestido, impecable, aceptando reconocimientos en museos y universidades y dibujando una sonrisa de humilde eficiencia ante los periodistas.

—¿Cómo supo de la existencia de estas reliquias milenarias, señor Bécquer?

—Oh, fue pura casualidad —explicaría, fingiendo restarme mérito—, en unas vacaciones. Imagínese, ¿cómo iba a suponer que podía encontrar una historia tan increíble de camino a un *spa*?

El periodista se reiría y yo lo acompañaría sin estridencias, mostrando mi sonrisa de investigador joven, atractivo y triunfador. Lo cierto era que, con treinta y tres años, ya había alcanzado cierta fama con algunos logros sonados, en los que mi colega Pascual y yo habíamos conseguido

incluso recuperar un anillo de Oscar Wilde robado en Oxford.

—¿Y cómo fue la investigación de la leyenda, Jon? ¿Tuvo usted dificultades con el obispado?

—No, no —habría negado con contundencia—. Me he encontrado personas amabilísimas, y esta investigación ha supuesto una gran aventura, como de costumbre —concluiría, guiñándole un ojo al periodista con exagerada complicidad.

Pero no. Todo esto no iba a suceder, porque no había sido más que una fabulación ingenua y soberbia por mi parte. En realidad, no soy experto ni en arte ni en historia, aunque en mi favor he de decir que sí he tenido desde pequeño cierta facultad para discernir el arte falso del que no lo es. Posiblemente se deba a la larga época de mi infancia y adolescencia en que pasé las tardes en el taller de mi abuelo paterno; era restaurador y tenía una tienda de antigüedades en el barrio de Salamanca, en Madrid. Fue él quien me explicó que al menos un tercio de lo que le intentaban vender en la tienda era falso, y fue él quien me enseñó pequeños secretos y técnicas para discernir qué había de verdad en los objetos y pinturas que me mostraba. Reconozco que solo despertaban mi interés aquellas piezas que guardaban una buena historia, porque a mí lo que me atraía de verdad no era el arte, sino el alma del objeto, el motivo mismo de su existencia.

No sé si este interés por el sentido de las cosas sería el motivo, entre otros, de que me hiciese antropólogo. Observar y entender a las personas, su evolución y sus expectativas; porque aquella era mi idea primitiva, comprender y estudiar a los hombres desde la perspectiva social, biológica y evolutiva: supongo que sí, que fue lógico que terminase siendo profesor universitario de Antropología Social. Pero jamás habría imaginado que me terminaría convirtiendo en detective, francamente.

Todo cambió cuando conocí a Pascual, que daba clases de Historia del Arte en mi misma universidad, la Autó-

noma de Madrid. ¿Cómo íbamos ambos a suponer que, tras un par de cervezas en la cafetería de la facultad, terminaríamos trabajando juntos y siendo conocidos como los Indiana Jones del mundo del arte?

Él estaba especializado en antigüedades griegas y romanas, y además de trabajar en la universidad colaboraba de forma estable con el MAN, el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Fue allí donde le colaron un busto romano del año cero que, en realidad, había sido creado en el siglo XXI. Su reputación y su amor propio se vieron en entredicho. Le ayudé como pude, en una larga historia que ahora no viene al caso, y que concluyó cuando localizamos en Sevilla al falsificador, que como los de la mayoría de su oficio resultó ser un antiguo restaurador de arte. Sus trabajos eran tan extraordinarios que ni siquiera los expertos eran capaces de ver las diferencias entre sus bustos y los originales, de dos mil años de antigüedad. A pesar de que no era nuestra intención original, Pascual y yo terminamos destapando con aquel hallazgo una red de falsificadores de nivel internacional, por lo que acabamos saliendo en la prensa nacional, europea y hasta en la norteamericana. Esto no nos supuso ninguna recompensa económica, pero sí un inesperado prestigio en nuestras respectivas facultades universitarias y el germen de una idea: ¿y si nos dedicásemos a aquello, a desenmascarar a estafadores, ladrones y falsificadores de arte?

Tras alguna experiencia más y un par de años supervisando otros casos de estafas y robos artísticos, terminamos creando Samotracia, nuestra propia empresa de detectives de arte. Pascual se encargaba de lo técnico, del estudio pormenorizado y artístico de cada obra de arte que debíamos localizar, y yo era el que viajaba, el que contactaba y se reunía con clientes, marchantes, coleccionistas y casas de subastas. Esta distribución de funciones era la más lógica, dado que yo carecía de conocimientos de arte, porque en antropología social solo me había formado en gestión sociocultural, con un máster en Intervención Psicosocial y

Comunitaria; muchos de nuestros clientes de Samotracia pensaban que había estudiado antropología arqueológica, pero desde luego nunca me había molestado en sacarlos de su error.

Pascual y yo habíamos acordado organizarnos para que él permaneciese casi siempre en Madrid: no solo para atender su plaza como profesor y su colaboración con el MAN, sino también para conciliar su vida junto a su mujer y sus dos hijos pequeños, de tres y seis años. Por mi parte, carecía de ese tipo de vínculos familiares y podía permitirme reducir mis colaboraciones con la universidad, de modo que Pascual también delegó en mí los contactos con prensa y las charlas y conferencias en universidades, porque prefería mantenerse en la sombra y dedicarse a la divulgación histórica y científica de nuestros hallazgos en revistas especializadas.

Por ese motivo llegué yo solo a Galicia, donde tras terminar en la Facultad de Historia de Ourense mi conferencia «Los mercados del arte», me encontré con casi dos días enteros sin nada que hacer hasta la siguiente charla, que se había demorado por un error en la agenda. Ante este inconveniente, fue el propio Pascual quien me hizo por teléfono la propuesta que lo cambiaría todo:

—Tómalo como unas minivacaciones... Como un día de relax, para variar.

—Claro que sí, hombre, como unas vacaciones en el Caribe. Ya conozco Ourense, ¿sabes? No creo que tenga gran cosa que hacer por aquí.

—Pues no duermas en la ciudad... ¿Por qué no te vas al parador de Santo Estevo? No debe de estar lejos del centro, tal vez solo a media hora en coche. Me han dicho que es un sitio increíble, y de hecho hasta lo hemos hablado Elisa y yo, que cuando vayamos a Galicia tenemos que visitar ese monasterio.

—Si es un parador —le contradije desganado—, ya no quedará mucho del monasterio.

—No seas aguafiestas, Jon. Anda, joder, ánimate y así me cuentas.

—No sé. Suenan aburrido.

—Que no. Además, ¿no querías un poco de tranquilidad para acabar de preparar las ponencias que tenías pendientes en tu facultad?

Me dejé convencer. Me vendría bien un descanso después de dos interminables semanas de prensa, conferencias y reuniones con coleccionistas de arte en la zona norte, de las que no había conseguido gran cosa. Aquella misma tarde abandoné mi hotel en el centro de la ciudad de Ourense y me dirigí hacia Santo Estevo.

Recuerdo haber llegado al monasterio a punto de anochecer, tras haber sorteado unas cuantas curvas que atravesaban bosques centenarios y pueblos con casas desparramadas sin ningún orden aparente. En el último tramo, cuando ya consideraba la posibilidad de haberme perdido, apareció ante mí, de frente y a la derecha, una estructura de piedra gigantesca que hizo que frenase suavemente el coche. Los tejados eran colosales, inmensos, y el color de arcilla nueva de sus tejas contrastaba con el gris viejo y poderoso de la piedra. ¿Qué habría llevado a unos simples monjes a construir aquel refugio descomunal en un lugar tan alejado del mundo y de sus caminos?

Tras dejar el coche en un aparcamiento exterior, comprobé que se accedía al parador por el más grande de sus tres claustros; lo llamaban «de los Caballeros» y era enorme, se encontraba ajardinado y estaba cubierto por un mar impecable de césped. A la derecha, si buscabas el acceso a la recepción y detenías la vista solo unos metros más allá, descubrías el verdadero corazón del inmenso edificio: un claustro pequeño y antiguo, ecléctico, con varios estilos entremezclados que por entonces no supe determinar. La piedra de sus arcos había sido tallada en giros imposibles, como si la humilde mano del hombre hubiese hecho ganchillo con ella hasta encontrar la alquimia exacta de la belleza.

A pesar de la espectacularidad de mi alojamiento, aquella noche, cansado, no investigué y me dirigí directa-

mente a mi cuarto, en el que parecían haber encajado el siglo *xxi* con el Medieval de la forma más natural imaginable, como si ambos tiempos se hubiesen fundido en una sola época. Recuerdo haber dormido profundamente aquella noche, ajeno al descubrimiento que me esperaba por la mañana, y que iba a ser el misterio más extraordinario que yo hubiese investigado nunca. Y sí, fue cierto que lo encontré de camino al *spa* mientras paseaba por aquel recinto fortificado.

Por la mañana, mis pasos me dirigieron inevitablemente hacia aquel claustro escondido cerca de la recepción. Me quedé absorto observándolo, y eché de menos a Pascual, porque yo apenas comprendía el valor histórico de lo que estaba viendo, y supe que él me habría encandilado durante un largo rato contándome los secretos que él, con todos sus conocimientos, vería en aquellas enigmáticas piedras.

—Impresionante, ¿verdad?

Me di la vuelta. Una joven rubia, delgada y de mejillas sonrosadas, vestida con la chaqueta del personal del parador, me observaba con una sonrisa.

—Soy Rosa, la jefa de recepción; le atendí ayer noche a su llegada, señor Bécquer.

—Por supuesto, no la había reconocido, perdón. Estaba ensimismado admirando esta maravilla.

—Es el claustro de los Obispos, el más antiguo del monasterio —me explicó con gesto comprensivo, como si estuviese acostumbrada a que ese claustro produjera aquel impacto en quienes visitaban el lugar por primera vez—. Si quiere saber más sobre el parador, hay más de treinta carteles por todo el recinto explicando la historia de cada estancia, somos el primer parador museo de la historia —añadió sin disimular su orgullo—. Esta parte es especial porque aquí estuvieron enterrados los nueve obispos. Habrá visto usted sus mitras en el escudo del monasterio, ¿verdad? Los anillos de estos obispos atraeron a miles de peregrinos durante siglos —concluyó haciendo ademán

de marcharse y, desde luego, dando por hecho que yo sabía qué demonios era una mitra.

—¿Sus anillos? —le pregunté, frenándola—. ¿Y qué tenían de especial?

—Curaban a la gente, hacían milagros... Ya sabe, esa clase de cosas.

—Ah. ¿Y dónde están ahora?

—No lo sé... Desaparecieron. Ya sabe cómo son estas cosas, quizás se trate solo de una leyenda. Pero si está interesado en el tema, ahora los restos de los obispos están en la iglesia, al lado del altar. Aunque me temo que la iglesia abre solo los fines de semana.

Me la quedé mirando mientras la curiosidad escalaba ya por mi cabeza. Ella me sonrió y comenzó a girar de nuevo sus zapatos hacia la recepción, en un gesto de discreta y cordial despedida.

—¡Espere! ¿Y esa puerta que hay ahí? Sus detalles de arte sacro son espectaculares. Es románico, ¿no? El tipo del puñal y el otro, el que lee un libro... ¿Qué significan? —pregunté señalando un lateral del claustro, que tenía, además de aquellas, otras curiosas formas esculpidas en un arco de piedra que daba paso a un rellano y a unas espectaculares escaleras. La joven se acercó.

—Ah, ese era el acceso al monasterio original y a la antigua sala capitular. Y, en efecto, se trata de románico, siglos XII y XIII, igual que la parte inferior del claustro. La parte superior —aclaró señalando con la cabeza el segundo piso— es del siglo XVI. Las figuras..., ¡le confieso que no sé bien qué significan! —reconoció riéndose y encogiéndose de hombros.

Asentí y dejé que se marchase sin reconocer que no tenía claro qué era una sala capitular, aunque me sonaba que se trataba de un lugar de reunión para los monjes. Mis trabajos en Samotracia me habían acercado al mundo griego y también al pictórico del siglo XX, pero no al monacal. Fuera lo que fuese, aquella sala capitular se había convertido ahora en un modernísimo aseo para huéspedes y visitantes.

Di un paseo más sereno y minucioso alrededor de todo el claustro, leyendo algunos de sus carteles informativos. Nueve obispos del Medievo que entre los siglos x y xi habían ido allí a morir, cuando aquellas piedras cobijaban a monjes benedictinos y no a turistas de alto nivel. Cada obispo con su propio anillo episcopal y con su mitra, que resultaba ser una especie de gorro alto y apuntado que los revestía de autoridad. Comprendí entonces a qué se había referido la jefa de recepción, qué era lo que yo mismo había visto tallado en piedra por todas partes: aquel extraño escudo con nueve triángulos picudos, que no eran otra cosa que las arcaicas mitras. Pero todo esto no era más que historia gastada, pisoteada por el tiempo.

¿Qué me importaban a mí esos nueve anillos? Nadie había encargado a Samotracia su localización, y eran unas reliquias tan antiguas que encontrarlas sería un milagro. Además, Pascual y yo habíamos comenzado a especializarnos en arte romano y griego y en pintura del siglo xx, amén de todas las piezas robadas que venían de Afganistán, que eran muchas. Las reliquias religiosas no eran nuestro fuerte, tal vez porque la posible remuneración que pudiese ofrecer la Iglesia ante un hallazgo de aquel tipo no sería especialmente generosa. Los importes que prometían las compañías de seguros de los jeques saudíes y de los funcionarios centroeuropeos eran mucho más interesantes, desde luego. Sin embargo, por algún motivo inexplicable, aquellos nueve anillos habían comenzado a fascinarme de inmediato, y no por sus supuestos milagros, sino por su desaparición. Si la historia era cierta, habían tenido que ser muy venerados y estar, además, fuertemente custodiados. Mil años de antigüedad e historia... ¿podían evaporarse sin más?

Pensativo, abandoné el claustro y atravesé varios túneles de piedra centenarios, que por su iluminación suave y estudiada invitaban a la confianza, a la intimidad. Así, me deslicé en silencio hasta el sótano del parador, donde se encontraba el *spa*. Me sumergí en una de sus burbujan-

tes piscinas calientes, cerré los ojos y comencé a imaginar qué podría haber pasado con aquellas reliquias. Habían tenido que ser muy relevantes para el paso de peregrinos. Tal vez los responsables de la mismísima Catedral de Santiago de Compostela hubiesen hecho desaparecer aquellos objetos milagrosos, preocupados porque su veneración en Ourense pudiese reducir su propia afluencia de fieles y viajeros a Compostela. Era un planteamiento fantasioso, pero no descabellado.

La idea de averiguar qué habría sucedido con aquellas inusuales reliquias me fascinaba. ¿No sería extraordinario que pudiese encontrarlas? Tal vez no como trabajo formal de Samotracia, sino como puro pasatiempo, por curiosidad. Reconozco que a veces me gusta entretenerme con imposibles, creo que para olvidar que, a pesar de mi apariencia amable, yo mismo soy, y siempre seré, un extraño monstruo.

Cuando regresé a Madrid, le conté la leyenda de los nueve anillos a Pascual; se mostró interesado, aunque, como suponía, no le vio mucha rentabilidad a la investigación. Por entonces estaba más pendiente de la búsqueda de un cuadro de Picasso que había desaparecido del yate de un jeque, porque nuestra comisión del diez por ciento del hallazgo, de lograrlo, resultaría mucho más interesante que la búsqueda de unos viejos anillos que nadie reclamaba.

Así las cosas, volví a mis ocupaciones en Samotracia y durante todo el verano trabajé buscando el cuadro de Picasso y reuniéndome con marchantes de toda Europa. A comienzos del mes de septiembre empecé mis vacaciones, y decidí emplearlas en la búsqueda de aquellos anillos que tanto y tan sorprendentemente habían estimulado mi curiosidad. Regresé por mi cuenta al monasterio de Santo Estevo para hospedarme de nuevo en lo que era ahora un parador escondido en el inmenso bosque que bordeaba el río Sil. Comencé a indagar, acudí al Archivo Histórico del Obispado y al Archivo Provincial de Ourense, e inclu-

so subí a preguntar a los vecinos del pueblo puerta por puerta. Descubrí, para mi sorpresa, que la misteriosa desaparición de aquellos anillos de mil años de antigüedad no encontraba su clave en el Medievo, sino mucho más tarde, a comienzos del siglo XIX.

Tardé casi dos semanas en desvelar parte del extraordinario viaje que habían hecho los anillos, y hoy, y ahora, siento que este rincón secreto del mundo es uno de esos lugares donde ha sucedido absolutamente todo y donde ya no queda rastro de nada, salvo en sus piedras, esculpidas por el agua, la historia y el musgo de lo pretérito y vetusto.

Pero tras este breve tiempo en el parador, en el que aún permanezco, un incómodo hormigueo asciende desde mi estómago y me angustia. Acaba de morir una persona y creo que puede haber sido por mi culpa. Esta mañana la chica de la recepción ha encontrado el cuerpo, y no sé si le habrá aterrado más la visión del cadáver o el creer que había viajado al pasado, doscientos años en el tiempo.

He sabido que ya ha llegado la policía judicial, y acabo de solicitar una entrevista con el responsable al mando. Entre tanto, espero en este pasillo del parador, y no puedo apartar mi vista del claustro de los Caballeros, como si contemplar su manto de césped rodeado de arquería y de galerías de piedra pudiese darme un poco de calma. No, no tengo otra opción. Debo contarle a la policía toda la verdad, todo cuanto ha sucedido desde hace dos semanas, cuando comencé a buscar los nueve anillos.